

A black and white portrait of a man with dark hair, looking directly at the camera with a serious expression. He is wearing a dark jacket. His hands are resting on a light-colored surface in the foreground.

**DIONISIO RIDRUEJO**  
**CASI UNAS MEMORIAS**

**PENÍNSULA** **HUELLAS**

**Casi unas memorias**  
Dionisio Ridruejo

**Edición al cuidado de Jordi Amat**

*ediciones península*

© Herederos de Dionisio Ridruejo, 2007

© de la edición, Jordi Amat Fusté, 2007 y 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2027

Primera edición en este formato: septiembre de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017

Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

VICTOR IGUAL - FOTOCOMPOSICIÓN

LIMPERGRAF - IMPRESIÓN

DEPÓSITO LEGAL: B-16.785 - 2017

ISBN: 978-84-9942-629-7

## ÍNDICE

Nota sobre la edición	7
EXPLICACIONES	11
LOS RECUERDOS. UN RELATO DE INFANCIA	39
MEMORIAS DE GUERRA Y POSGUERRA	107
1. Año de vísperas (1935-1936)	109
2. De Segovia a Valladolid	160
3. De Valladolid a Salamanca	167
4. De Salamanca a Burgos	196
5. En Burgos	247
6. Viajes de guerra	302
7. De Barcelona al Montseny	347
8. Viajes de posguerra	374
9. Memoria de Ronda	397
10. En la Cataluña de los años cuarenta	411
MEMORIAS LITERARIAS	447
1. Un escritor en El Escorial	449
2. Machado - Unamuno - Maeztu	457

## ÍNDICE

3. Falange y literatura	464
4. Eugenio d'Ors	497
5. Pío Baroja y Azorín	509
6. Antonio Marichalar	522
7. Josep Pla	525
8. Tristán la Rosa	532
9. Carles Riba	536
10. José Ortega y Gasset	541
11. Un viaje escrito por Castilla la Vieja	546
Apéndice documental	555
Cronología	593
Índice onomástico	601

Mi apellido que parece algo extravagante no ofrece dificultades etimológicas. Es una palabra que se encuentra en el diccionario: *redruejo*, y significa lo mismo que *redrejo*. Se trata del racimo no llegado a sazón que los vendimiadores desprecian. Metafóricamente se dice del hombre desmedrado y para poco. Con toda probabilidad entró en mi familia como un apodo más o menos despectivo en una época remota. Hay personas de mi familia que han querido que *Ridruejo* significase río Duero o río Duruelo o río Durejo—nombres infantiles estos últimos del río soriano—que se va por la Tierra de Campos buscando a Portugal para morir entre saudades. Así lo creía también D. Miguel de Unamuno, según me dijo cuando, teniendo yo dieciséis años, se me apareció como evocado en el claustro de la catedral de El Burgo de Osma una tarde que yo representaba allí ese teatro para mí mismo de que ha hablado Luis Rosales. Solía ir allí a pasear y a leer. Llevaba a la sazón bajo el brazo la *Vida de Don Quijote y Sancho* del gran vasco salmantino cuando de pronto apareció él, con su jersey cerrado hasta el botón de la camisa y su gran cabeza de búho. Le acompañaban el soriano José Tudela y D. Timoteo Rojo, un canónigo de la catedral que había puesto en orden museo y biblioteca salvándolos de chamarileros y pícaros. Con timidez ofrecí al profeta mi libro para que echase una firma. Lo hizo con amabilidad, pero se le enredaba el nombrecito y se extendió sobre aquella dudosa etimología fluvial. Creo que la otra, más modesta, es, sin embargo, la verdadera.

Los *Ridruejos*, como se dice en mi pueblo pluralizando gentílicamente el apellido, no debieron salir de la Sierra de Oncala, centro soriano de la Meseta, hasta la mitad del siglo XIX en que ocho o diez de

ellos emigraron a Andalucía para ganarse el pan. Probablemente por aquellas fechas la ganadería lanera atravesaba una crisis particularmente grave. Antes y durante muchos siglos se habían mantenido en sus sierras bajando en la estación invernal a los puertos de la Morena o más abajo, marchando sobre sus caballos de pelo largo en vanguardia de la tropa de merinos que con los pastores y zagales y los burros del hatillo—cecina o tocino, aceite y sal en caldras labradas a navaja, alguna hogaza y las mallas del redil—seguían a paso ramoneante a través de Guadalajara, Toledo y los llanos manchegos, escoltados por los duros y hermosos mastines de carlanca. Allá abajo, ajustados los pastos, se integraban en la compañía pastoril en la cual podían ser amos o criados según pinta la cuenta pues poco debía ir de unos a otros.

He vivido de niño poco más de un mes en la casa que todavía habitaba mi abuela materna en San Andrés de San Pedro de Manrique y he vuelto luego de mayor a ver aquellos pedregales, que pedregales parecen los pueblos tanto o más que los campos. De la niñez conservaba imágenes magnificadas, hermosas, pues yo era, como quien dice, un ciudadano y aquel ambiente excitaba mi imaginación y me producía una felicidad aventurera. Ya contaré aquel viaje. Diré que a mi regreso, como hombre maduro, apenas podía dar crédito a mis ojos viendo la estrechez y pobreza de aquellas casuchas de canto, con puerta y ventana pequeña para resistir el frío, y aquellas callejuelas torcidas. Sólo el vallejo donde está la escuela, con sus chopos y sus sauces crecidos, me pareció lírico y gentil. Se comprende bien que la Andalucía entrevista en los inviernos de la trashumancia atrajese a los hombres que aun siendo propietarios en el pueblo sufrían una vida tan estrecha. Porque eran hombres de fibra dura, inteligentes, que a pesar de la pobreza y la ingratitude del clima, habían aprendido a leer y a llevar cuentas y, sobre todo, llevaban en la sangre aquella dignidad austera, aquella lucidez más lógica que imaginativa de que hablan los entendidos en antropología soriana y celtibérica. Hechos a las nevadas recias y a los trabajos duros ¿qué no harían en la Andalucía indolente y regalada, mísera para sus esclavos de la tierra, pero ubérrima como medio natural? No sé bien si los varios Ridruejos que

por entonces emigraron lo hicieron acordados o a la desbandada. No pasó mucho tiempo sin que el sentimiento tribal los juntase en Sanlúcar de Barrameda donde aún se conserva el apellido en algunos negocios de comercio y de banca.

De las andanzas meridionales de mi padre no sé mucho. Él era de estatura pequeña como lo somos, en general, los de la tierra, pero de buena cara. Aún conservaba la belleza varonil cuando era viejo y una barba muy corta ocultaba, en parte, los estragos de la viruela. Esta viruela le atacó, según creo, cuando era mancebo de botica en Sevilla y parece que las marcas que le quedaron le hicieron un tanto misógino si no completamente misántropo. Siempre he oído hablar con elogio de las virtudes de mi padre, pero entre ellas ocupaba el lugar más destacado la seriedad o gravedad. Sus retratos, salvo uno primero y muy agradable, lo muestran siempre con gesto melancólico. Una de esas fotografías—podía tener él treinta y cinco años—va fechada en Lora del Río donde tengo entendido que administró unas fincas. Se había especializado en contabilidad y a título de contable fue reclamado por sus primos para trabajar en el comercio que habían fundado en Sanlúcar. En una fotografía fechada en este lugar se les ve a todos juntos, empuñando cada uno algún instrumento de trabajo: vara de medir, tijeras, balanza, diamante de rayar cristales. Mi padre aparece con pluma y libro de cuentas.

Nunca he sabido bien la proximidad del parentesco que unía a todos aquellos Ridruejos salidos en fechas poco distanciadas de las sierras sorianas: Epifanio, Bernardino, Antonio, Segundo, Cándido y algunos más. Creo que los amigos más entrañables de mi padre eran Bernardino y Cándido. Del segundo fue luego socio en El Burgo de Osma. De D. Bernardino conservo yo un recuerdo vago pero penetrante. Era hombre aquilino, de expresión intensa. Se casó con una sobrina de mi paisano el político progresista D. Manuel Ruiz Zorrilla y engendró una estirpe de aspecto físico muy distinguido y de notable capacidad mental. Hombres altos, que rompían el molde soriano. El mayor de ellos, ingeniero agrónomo, venía con frecuencia a mi casa de El Burgo y fue el primer «héroe» de mi niñez. Lo admiraba



profundamente, más aún que a los demiurgos que eran para mí, durante la infancia, los rudos hombres «que hacían las cosas»: el lanero, el herrero, el carpintero, el albañil, el panadero, el calderero, el soguero y hasta con un poco de espanto el matarife. Leopoldo Ridruejo era un hombre esbelto con la clase de porte que suele llamarse aristocrático. Vestía bien, con sencillez. A casa solía venir siempre con atuendo de campo porque en aquellos tiempos dirigía la transformación de algunas fincas de la provincia de las que era ingeniero jefe. Más tarde se destacó por sus ideas sobre colonización agraria con una orientación costiana\* muy puesta al día. Llegó a ser director general de Agricultura cuando aún no existía ese ministerio y algo más tarde dirigió grandes obras en la zona del Guadalquivir y fue director de la Escuela de Peritos Agrícolas. A los otros Ridruejos hijos de la generación de mi padre, pero mucho mayores que yo, los conocí después, siendo un joven crecido.

Mi padre volvió a Soria, con algunos de sus primos, cuando ya era un hombre maduro. No tardó en hacerse cargo de la sucursal que el negocio comercial y bancario abierto en Soria estableció en El Burgo de Osma, iniciando un sistema de proliferación que duró hasta que yo tenía veinte años. Dicho sistema consistía en promover filiales o sucursales bajo la dirección de algún socio o de los dependientes más probados. En este último caso se atribuía al antiguo dependiente la categoría de socio industrial en una comandita. Por lo general se autonomizaban pronto, pero conservaban algunas relaciones con la casa madre y, por supuesto, usaban su nombre. A veces ese nombre pasaba del negocio a la persona y así hay por varios lugares de Castilla comerciantes que se llaman López o Fernández, y a los que la gente llama Ridruejo. Cuando yo tenía aún casa abierta en El Burgo de Osma había por Soria, Burgos, Valladolid, Salamanca y Zamora no menos de treinta y cinco casas comerciales que se titulaban con nuestro apellido aunque muchos de sus dueños nada tenían que

\* Joaquín Costa (Monzón, 1846 - Graus, 1911): juriconsulto, político e historiador español. Una de sus obras más importantes es *Colectivismo agrario en España* (1898). (N. del A.)

ver ya con la familia. No sabré precisar la fecha en que mi padre se estableció en El Burgo en sociedad, según creo, con su primo Cándido que murió pronto a causa de una afección tuberculosa. Por asistirle murió también de tisis galopante un hermano de mi madre—hermano de padre—llamado Juan—y que al parecer tuvo una vida sentimental que hacía honor a su nombre dentro de lo que la época y el lugar permitían. Conservo un retrato suyo que representa a un hombre bastante atractivo. Tenía, además, alguna afición a la lectura, cosa rara en su medio, pues los pocos libros que rodaban por mi casa los más procedían de él y algunos conservaban sus anotaciones. No me consta que mi padre tuviese la menor afición literaria, pero algo debía leer. Era liberal convencido y bastante anticlerical aunque creyente. He oído siempre que *El Liberal* era el periódico que se recibía en casa con escándalo de los canónigos y beneficiados de la catedral que a pesar de ello iban a husmearlo de tapadillo al escritorio de la Banca. Según los relatos de mi madre, mi padre consideraba ociosos y sobrantes a frailes y canónigos y en general al clero no parroquial. Cuando se iba a morir exigió que fuese el párroco titular del pueblo el que le confesase. No quiso a ningún otro. A pesar de ellos sus relaciones con el obispado no debieron ser malas pues le cedió, gratuitamente o poco menos, una casa con su fuertercillo que según la tradición había sido el oratorio de santo Domingo de Guzmán. El obispo lo necesitaba para ampliar su propia huerta en la que la parcela santificada se entrometía de manera incómoda. El oratorio desapareció.

El negocio de mi padre era de tejidos y ferretería pero, como es corriente en los pueblos, tocaba otros artículos—mercería, juguetes, muebles—a excepción de los coloniales. La Banca era una corresponsalía del negocio de Soria aunque debía tener alguna actividad independiente. Por lo que me han contado muchos viejos que conocieron aquellos tiempos, esta actividad bancaria fue remedio eficaz contra la plaga de la usura que esquilma la comarca. Imagino que mi padre fue bastante decente en estas materias pues he conocido bastantes personas agradecidas a su memoria. Aun en época reciente, al salir yo de la cárcel adonde me llevó un proceso político, vino a verme un viejecillo de San Esteban de Gormaz, padre de uno de mis

carceleros. Era un tipo notable, pequeño, seco, ardiendo en una especie de llama autoritaria, parco en palabras, digno hasta el envaramiento. Venía a saber si su hijo se había comportado conmigo tal como él le había ordenado que lo hiciera pues se consideraba—cincuenta años después—deudor de mi padre «que le había salvado de la ruina y del deshonor». Por otra parte recuerdo que en la caja de caudales que había en casa, aparecieron años después de la muerte de mi padre, multitud de recibos que él había retirado de la Banca y denunciaban créditos sin ninguna garantía efectiva. Mi madre los quemó y la quema fue una pequeña fiesta para nosotros que nos pareció que perdonábamos algo importante.

¿Cómo era mi padre? Aparte las imágenes fotográficas no conservo de él más que recuerdos muy aislados, mis primeros recuerdos sin duda. Unas imágenes quietas como estampas: mi padre enseñándome cómo se pesaban unas monedas de oro en una balanza sutil; sentado en un sillón del comedor que tenía esculpidas dos cabezas de perro en los brazos; sentado en su despacho—la caja de caudales al fondo—quitándome suavemente un pañuelito con el que yo intentaba jugar; un abrecartas toledano que tenía como empuñadura una especie de sota de copas; mi padre, en fin, extendiendo los brazos para recibir un triciclo pequeñísimo—mi primer triciclo—que estaban descargando de un carro con toldilla. El triciclo venía de Bilbao adonde la familia iba a tomar baños al mar, seguramente por consejo médico. Este recuerdo debe ser ya muy próximo a la muerte de mi padre. Y corresponde a su muerte mi recuerdo infantil más vivo. El de su cadáver bien compuesto sobre una alfombra rodeado de flores, en el centro de un saloncito con muebles de ébano negro estilo Alfonso XII. Imitando a los mayores me acerque a él y me puse de rodillas. Me arrancaron bruscamente. Otra imagen de aquel día es la de mi madre, muy joven, con una blusa blanca muy almidonada y peinado alto. Lloraba. Cerca había un velador lleno de esquelas funerarias, aquellas amplias esquelas con gran franja negra que servían para anunciar las defunciones. No recuerdo más. Pocos días antes había cumplido los tres años.

El matrimonio de mis padres me dio mucho que pensar y hasta diré que me escandalizó algo cuando llegó para mí la edad de las primeras reflexiones que coincidía con el despertar de un temperamento sentimental. Mi padre se casó viejo, hacia los sesenta años. Mi madre tenía veintiuno y era hija de una de las hermanas de su marido. El matrimonio de tío y sobrina no era cosa corriente y exigía dispensa especial de Roma. La decisión de mi padre me parecía egoísta. Sin duda se casó porque se encontraba solo y porque no quería marcharse del mundo sin dejar descendencia. Pero supongo que también porque se enamoró de aquella sobrina bonita, rubia, dulce, que debió poseer una serenidad precoz y que no estaba desprovista de carácter. En aquellos tiempos los patronos y los dependientes del comercio vivían juntos, en familia, en un régimen que recordaba al de los antiguos gremios. Mi padre tenía dos hermanas viudas que debieron turnarse en el cuidado de la casa pero hicieron venir también a la sobrina que no tardaría en tomar las riendas del gobierno y las llaves de la despensa. En aquellos tiempos las amas de casa andaban por los pasillos con un repiqueteo de llaves que aún tengo en el oído. Parece ser que el viejo enamorado comunicó a su hermana sus apuros sentimentales. Y la hermana, que era expeditiva y autoritaria, no tardó en despejar las dificultades y concertar la boda. Había un factor de agradecimiento e interés. El hermano varón de mi madre ocupaba ya un puesto relevante en el negocio del que había de ser y se sentía ya heredero. Una boda del patriarca fuera de la familia podría ser una catástrofe. Si se casaba con la sobrina la cosa no sería tan grave. Y por otra parte, ¿cómo él mismo, un hombre de sesenta años, a finales del siglo XIX, podría casarse sin temores con una extraña que no tuviera con él relaciones de afecto y lealtad capaces de subsanar el déficit sentimental que a una edad semejante debía presumirse? Mi madre, cuya capacidad de abnegación serena y de sacrificio sin alarde ha sido demostrada durante ochenta años, consideró—alguna vez me lo ha dicho—que si casándose con él daba una alegría al tío, que era tan bueno y al que todos querían tanto, no podía dudarle. Es seguro que no estaba enamorada ni podía estarlo. Pero en aquella época y en el medio al que mi madre pertenecía, la felicidad personal era considera-

ción secundaria que se sacrificaba fácilmente a deberes aparentemente más altos. La fotografía que conservo de mis padres recién casados es emocionante y siempre ha despertado en mí sentimientos entreverados de admiración y melancolía rebelde. La tristeza severa, castellana, viril de mi padre. La melancolía dulce, entregada, serena de mi madre. Sacrificadas o remuneradas para siempre sus aspiraciones sentimentales, mi madre ha dicho siempre que su matrimonio fue feliz. Mi padre debió ser muy delicado y generoso con ella y parece que renació a una felicidad de la que parecía incapaz. Para mi madre esa felicidad era un premio, quizá un orgullo, y, en cualquier caso, un consuelo. Mi padre era un hombre sano. Conservaba todo su pelo, una dentadura perfecta y un organismo vigoroso, aunque su aspecto era el de un anciano. Tuvieron seis hijos. El primero, varón, se llamó Felipe como el abuelo paterno según se usa en Castilla. El segundo, según la misma usanza, Matías como el abuelo materno. Yo fui el tercer varón y me llamé como mi padre. Entre Matías y yo hubo dos niñas: Eulalia, como una de las abuelas, y Ángela. La pequeña, que nació dos años después que yo y poco antes de morir mi padre, se llamó Cristina. Quizá estas dos niñas no llevaron nombres de la familia porque a mi madre no le gustaban su nombre ni el de su madre y cuñada: Segunda y Justa.

A Matías se lo llevó del mundo a los seis meses una epidemia infantil de las que entonces asolaban los pueblos. Felipe sufrió, siendo de niño de pecho, una meningitis que lo dejó dañado para siempre. Andaba a trompicones y estaba casi ciego. Conservaba, sin embargo, su lucidez mental e incluso era precozmente inteligente. Tenía gran memoria y una espontánea capacidad para la música. Lo recuerdo siempre abrazado a un acordeón o a su guitarra. Debió sufrir mucho y no menos debieron sufrir mis padres que peregrinaron con él media España de especialista en especialista. Para la gente del pueblo era «un tonto» y por desgracia suya no lo era en absoluto y tenía—según creo—una gran sensibilidad. No podía controlar su sistema nervioso. Cuando agarraba a alguien para acariciarle le hacía daño. Era alto pero al llegar a la talla que reclamaba el pantalón largo, hubo de renunciar a él porque se trababa y andaba peor. Vivió quince años y

fueron quince años de encadenamiento para mi madre. Quizá a causa de él no volvió a casarse aunque tuvo proposiciones y cortejos y quizá deseos de resarcirse del sacrificio de su corazón. Era joven aún, bonita y, por añadidura rica, para lo que se usaba en el pueblo. Mi padre dejó una fortuna que, de ser estimada en valores de 1960, subiría a decenas de millones. La preocupación de poner a un niño inválido bajo la jurisdicción de un extraño la disuadió de toda aspiración a la revancha sentimental si es que de verdad llegó a sentir ese deseo. Su viudez fue, como su matrimonio, un ejemplo emocionante de virtud sencilla, de abnegación suave y de generosidad.

Es curioso y quizá un poco raro que yo, en vez de sentir ese amor celoso que con frecuencia afecta a los hijos únicos, pues pronto fui el único varón de la casa, pensé y sentí desde niño en la felicidad de mi madre y me pregunté muchas veces por qué ella no tenía un marido como otras señoras. Recuerdo que un verano cuando tenía unos trece años, mi madre solía quedarse un rato en el balcón después de cenar conversando con el vecino de al lado: un hombre grueso, que tenía una pierna amputada, pero era sumamente inteligente y simpático. Era escritor.\* Había sido—eso lo he sabido treinta años después—uno de los fundadores del Partido Comunista español y en el pueblo tenía fama de ateo y de extravagante. Vivía casi siempre en Madrid. Pues bien, yo que asistía, a veces, a aquellas conversaciones al sereno, tejía mil fantasías sobre la posible transformación de aquella relación convencional en un idilio. Lo deseaba. No he analizado nunca con profundidad aquel raro sentimiento y no sé si se trataba de un amor compasivo por mi madre o de la larvada nostalgia del padre que, prácticamente, no había llegado a conocer.

Cuando murió mi hermano Felipe tenía yo cinco o seis años. Mi hermana Angelita también estuvo a punto de morir atacada por la misma epidemia de tifus que había acabado con los sufrimientos adolescentes del inválido. A mí me sacaron de casa. Se temblaba por mi salud y todo el mundo—parientes, amigos—parecían dar mucha importancia al hecho de que yo fuera el único superviviente varón de

\* Sobre este personaje—Gonzalo Morenas de Tejada—véase la p. 84.

la estirpe. Con estas ponderaciones la personalidad de mi padre crecía ante mí. Todo el mundo hablaba de él—al aludir a mi caso— como de un fundador. Aquello arrojaba sobre mí una extraña carga. No era sólo ni principalmente orgullo al considerarme pieza importante de no sabía qué sistema, criatura más o menos preciosa. Era una especie de sentimiento de responsabilidad que daba sentido a mi existencia, un sentido, por otra parte, incomprensible. Después y año tras año, esa cantinela de ser el único varón se me repitió con tanta frecuencia, siempre que se trataba de exhortarme a cumplir deberes, a realizar esfuerzos, a comportarme bien, que acabó por perder toda importancia a mis ojos. Lo curioso de estas monsergas es que no se entienden y, sin embargo, se viven. A lo largo de mi vida he pecado mil veces de negligente, de disperso, de caprichoso, de abúlico, de perezoso, de descuidado, pero nunca he podido hacerlo sin remordimientos.

Aquella salida de mi casa es el primer recuerdo verdaderamente triste que guardo en mi memoria. No creo que la muerte de mi hermano me afectase muy profundamente. Recuerdo bien dónde y cómo me dieron la noticia. Lloré abundantemente pero la huella fue ligera. En rigor, mientras conservo de la infancia con mis hermanas—de la primera infancia—innumerables recuerdos que componen argumento, recuerdos que llevan una fuerte carga sentimental, de mi hermano sólo conservo imágenes aisladas, alguna sí, muy intensas, como las de aquellos momentos en que se ejercitaba con sus instrumentos musicales y parecía feliz. Creo que mi madre se daba maña—lo que no era difícil en una casa grande—para que viviésemos lo menos posible. Seguramente pensaba que no era bueno para un niño sano y sensible la compañía de un hermano enfermo y quizá también que era demasiado excitante y perturbador para el enfermo la presencia frecuente de otros niños sanos y bulliciosos. Por otra parte yo no había visto más que una vez a mi hermano en su cama de enfermo y de ello hacía ya muchos días, lo que es una eternidad para una conciencia de cinco años. Ni siquiera la enfermedad de mi hermana podía acongojarme—aunque sí recuerdo haber sufrido por ella—puesto que yo ignoraba en absoluto su grave-

dad. El sentimiento de desgracia era el de encontrarme, de pronto, en un medio ajeno y, en cierto modo, en un medio sin amor. Vivía en casa de mi tío Zenón, el hermano mayor de mi madre y heredero efectivo de los negocios de mi padre. Usaba barba y mi madre, para encontrar algún respaldo de autoridad, me había inspirado un cierto respeto temeroso hacia él. Sin duda me quería y yo no dejaba de notarlo. Me transfería parte de la gratitud que sentía por mi padre, a quien debía su posición, y, por otra parte, era hombre afectuoso y blando pese a la ligera petulancia autoritaria de la que solía revestirse. Cosa distinta era su mujer, Luftolde, a quien para quitar hierro nibelungo todos llamábamos tía Luz. Era una mujercita pequeña, regordeta, de ojos claros y cara redonda con rasgos semíticos muy acusados. Era riojana, de Calahorra. Tenía un hermano cura—bondadosísimo, diminuto, suave como un san Juan de la Cruz—y su madre había sido ama de cura antes de venir al Burgo, como ama de su propio hijo, con sus niñas solteras. Las dos se casaron con los Rídruejos disponibles: Restituto, sobrino del tío Cándido, y Zenón, sobrino de mi padre. Las dos riñeron e hicieron separarse comercialmente a sus maridos. El otro matrimonio se marchó de El Burgo poco antes de la fecha de la que hablamos. Los celos de Luftolde se proyectaban ahora sobre mi madre que resultaba ser aún la matriarca de la tribu, la verdadera señora de la familia, a pesar de que su sencillez era extrema y quizá por ello mismo. De esos celos sin pábulo, fundados sólo en una especulación social algo ridícula, se proyectaban hacia nosotros, los niños, algunos destellos de malquerencia. A mí la tía Luz me desconcertaba. No podía olvidar la fotografía de su boda, que rodaba por casa, en la que aparecía pequeñita, muy delgada, con una cara redonda no exenta de atractivo sensual y se me hacía difícil identificarla con esta otra señora de cuerpo casi cilíndrico pero que con frecuencia hacía los gestos que correspondían a la otra: gestos de mimo y coquetería a través de los cuales mantenía con su marido una especie de noviazgo a destiempo que no ocultaba un cierto despotismo. La tía Luz era cariñosa y hasta melosa cuando quería, pero de pronto se la podía ver colérica, fríamente colérica, con una mordacidad venenosa. Estos repentes me asusta-



ban aunque no fueran contra mí sino contra sus propios hijos. Y lo más grave es que esos sustos y heladuras estaban tan en contra de mi espontaneidad que me hacían sufrir de un modo indecible. Porque yo era —aún lo soy—un optimista afectivo. Cualquier repulsa me causaba sorpresa. Era, y soy, un positivista, no en el sentido filosófico, sino en el moral de la palabra: inclinado a ver los rasgos hermosos, benévolos, amables de las cosas y las personas más bien que los feos, aviesos o desagradables. De la tía Luz, como de todo el mundo, yo veía y esperaba lo mejor y sus cóleras calientes como sus malignidades frías me dejaban impresionado. Por añadidura había en la casa un niño enfermo, dulce, apacible, para el que no se encontraba el remedio y no tardó en morir. Yo le acompañaba con frecuencia y él me quería, pero para su madre el contraste entre el niño inválido y el niño saludable era insufrible. Con frecuencia ese sentimiento la dominaba. En los días de mi destierro en aquella casa el instrumento pasivo de mi mortificación solía ser un mozalbete riojano, sobrino de la tía Luz, acogido a la familia y que se llamaba Rubén. El pobre no podía ser más normal y discreto, pero no hubo comida ni recreo en que el tal Rubén no se me pusiera como ejemplo ya se tratase del modo de estar en la mesa o del modo de andar por la casa. Con todo esto me hacían sentirme extraño, huérfano, sobrante, desvalido. La casa del tío Zenón y la nuestra se enfrentaban por las traseras. Entre la terraza de ellos y la galería nuestra, que era solana, mediaba un buen trecho de tejados que cubrían los almacenes de la tienda. Un día me escapé tejado a través, no sin algunos riesgos, y aparecí ante mi madre, a la puerta misma de la habitación donde mi hermana empezaba a vencer la enfermedad. Por fortuna la tía Luz pensó que la preocupación por la enferma había tirado de mí y aunque se desató contra mi mala educación no hubo Guerra de Troya. Mi madre comprendió sin preguntar y me retuvo en casa.

Desde los cinco años viví en un gineceo. Yo era el solo varón. El censo femenino era numeroso: mi madre, mi abuela Justa—hermana de mi padre—, mi tía Vicenta—una lucecita de mariposa, que era hermana de ambos. Mis tres hermanas. Eulalia, la personalidad fuerte de la casa. Angelita, medrosa y bonita. Cristina, enfermiza y mi-

mada. Luego las dos criadas y no sé cuantas más que entraban y salían. La sarmentosa Marta que «se había casado en casa» y nos había puesto a todos la primera camisa. La otra Marta, «la del agua», que se fatigaba a lo largo del día llenando cántaro a cántaro los depósitos grandes del desván y otras mujeres que aparecían ya por las matanzas, ya a preparar las conservas del año—orzas de lomo y chorizo, latas de tomate y pimiento, carnes de membrillo y jaleas, ristras de higos y todas aquellas cosas que llenaban las despensas rurales de hace cincuenta años.

Me he preguntado muchas veces cómo ha influido en mi sensibilidad, en mi carácter y hasta en mi estilo de vida, aquella vida de «periquito entre ellas», de niño solo entre mujeres que fue no sólo de mi infancia sino parte de mi primera juventud. Algo, sin duda, queda de esa experiencia. La capacidad y el gusto con que he aceptado siempre la sociedad femenina. Nunca me ha sido azaroso ni violento quedarme mano a mano con media docena de mujeres incluso si hablan de lo que suelen llamarse sus cosas: de trapos, de niños, de criadas, de afeites o de maridos. Me es posible seguirlas y entenderlas y, en cierto modo, siempre estoy a gusto en su compañía. Sin embargo, no creo haber sido nunca un maricuela o un cocinillas o, como se decía de un cierto escritor, un vainicas, cosas todas ellas muy diversas de la homosexualidad pero que representan amaneramientos. En realidad he querido a las mujeres y me han querido en el sentido más normal del término, pero también he podido ser amigo de ellas, confidente, con poca o con ninguna intervención del sentimiento o del sexo. Dicho de otro modo, la relación fraternal con el otro sexo no me es imposible aunque no siempre sea fácil establecer el punto donde el amable demonio puede hacer su aparición. Pues hay que reconocer que sin ese poquito de riesgo aquellas relaciones tenderían a ser algo inhumanas.

Por supuesto el ambiente del gineceo fue pronto y fuertemente contrapesado por el ambiente exterior. Los niños no son en los pueblos criaturas de fanal bajo la constante vigilancia de la familia. Frecuentemente campan por sus respetos. La escuela y la calle son ámbitos donde se entrenan a una especie de vida civil rudimentaria

recibiendo—como certeramente vio Unamuno—aquella verdadera y fundamental educación que no nace de la acción de los mayores sino de la interacción de los coetáneos que nos hacen sentir los límites de nuestras veleidades y caprichos y nos imponen con tremenda rigidez usos y leyes que los grandes no acaban de entender. Triunfan en la sociedad infantil libre, el valiente, el audaz, a veces el bruto y violento, otras veces el ingenioso y sugestivo y todas las leyes tácitas, todos los hábitos sagrados que nacen de esa relación valen en seguida más que los discursos y castigos de los mayores. Para los niños más débiles la casa es el refugio de esa tremenda intemperie, pero los niños en que despuntan el amor propio y la dignidad inician entonces la doble vida en la que el hogar va siendo más o menos menospreciado para ganar en la tribu infantil un prestigio colosal. Yo iba, como luego diré, al colegio o a la escuela desde los tres años y, por otra parte, pasaba largas horas en la tienda donde mi relación era con hombres ya hechos, aunque fueran jóvenes que me trataban con cariñosa condescendencia pero no dejaban de iniciarse en sus crudas conversaciones ni de probarse con bromas rudas y hasta crueles. En mi casa no había, por otra parte, blandura. Creo haber sido un niño muy amado y acaso un poco consentido entre otras cosas porque mi esfuerzo por agradar era considerable y porque sin duda era agradable naturalmente y, sobre todo, vivo y simpático, con ocurrencias que muchas veces desarmaban severidades y se comentaban y repetían. Pero no creo haber sido mimado en el sentido de consentírseme caprichos y rarezas ni en el estar envuelto en aquel ambiente de sensualidad acariciante o de solicitud celosa y atemorizada que vicia y amarga el corazón de tantos niños.

Mis mujeres eran cariñosas pero austeras empezando por mi madre cuya sobriedad sólo admitía comparación con su naturalidad y sencillez. Sus besos eran fuertes y rápidos, no delicados y morosos; en sus caricias había casi siempre como un cierto desmaño y aspereza. Sus manos mismas eran ásperas pues aunque era muy limpia se cuidaba con poco refinamiento. Eran manos de trabajadora, pues siempre andaba trajinando por la casa o en la cocina y, sobre todo, en el huerto. El huerto no era sólo su recreo y su afición; yo diría que era

su amante. Quedaba a las afueras del pueblo y era pequeño, cerrado con tapias que eran a trechos de mampostería y a trechos de adobe con bardas. Allí se iba por las mañanas, incluso en el tiempo más crudo, después de oír su misa que solía ser la de las seis y de dejarnos listos para ir al colegio. Allí plantaba flores, podaba o injertaba frutales, suprimía malezas, cosechaba verduras y daba de comer a todos sus bichos que eran variados: conejos, gallinas, palomas, algún cerdo y en alguna época hasta un pavo real. Sus frutos y sus flores eran, por supuesto, excepcionales. Daba la impresión de poseer un corazón tranquilo y nosotros ocupábamos su mayor parte—y lo notábamos—pero distaba mucho de ser una clueca celosa. Otra parte de aquel corazón lo ocupaban las devociones religiosas y los pobres. A través de las Conferencias de San Vicente o directamente por sí misma se ocupaba en un número incalculable de casos desgraciados y una o dos veces al mes—pues se trataba de un turno establecido por varias familias—se repartían en casa grandes hogazas de pan. A los niños se nos permitía ayudar pero era obligatorio besar la mano a los pobres al entregarles la hogaza, manos que a veces estaban llagadas, deformes o sucias. No me parece que mi madre fuera lo que suele llamarse una beata. No tenía devociones particulares o pueriles. No era escrupulosa. No era intolerante. Nunca la oí juzgar con severidad las flaquezas ajenas ni a las personas de vida desarreglada, con frecuencia atribuía tales cosas a la miseria, a la debilidad de carácter o a la mala educación. Era simplemente devota. No se perdía sermón, rosario ni novena. Éstas eran, por otra parte, las distracciones que ofrecía el pueblo, como sucedía siglos atrás en las ciudades grandes. Le gustaba intervenir en sus Conferencias de San Vicente—lo hacía con calor humano—y en las reuniones de la Cofradía del Carmen que eran una especie de tertulia para señoras. A veces me arrastraba con ella a los oficios religiosos y he de confesar que me impacientaba y aburría las más de las veces, salvo que se tratase de las Tinieblas de Semana Santa con ese croar de carracas o de las «reservas» donde me conmovía mucho el fasto de la custodia y el olor del incienso. Me inspiró devociones sencillas que arraigaron en mi corazón: al Cristo—al que me enseñó a amar mucho más que a temer—y a la Virgen sin

ocuparse mucho de los otros santos. El culto de la Virgen me inspiraba una infinita ternura y aún no soy indiferente a esos sentimientos.

De la gran naturalidad de mi madre recordaré siempre una muestra que a través de los años se ha mantenido en mi memoria con singular pureza y sin la menor sombra de ambigüedad ni turbación. Un día ella, que tenía una salud de hierro, tuvo que guardar cama a causa seguramente de un resfriado. A la mañana siguiente sintió necesidad de cambiar su camisa de dormir y lo hizo sin levantarse, ayudada por una de las criadas. Yo estaba en el cuarto y vi el busto desnudo de mi madre que era joven y de líneas muy puras. Me impresionó por su belleza y debí quedarme mirando verdaderamente absorto. Mi madre no hizo un solo gesto de gazaría, ni precipitó las cosas. Tampoco dio la menor señal de complacencia femenina. Se limitó a sonreírme como lo hacía en las ocasiones más ordinarias. No sé si esa imagen, tan clara y serena, me ha ayudado luego, a lo largo de la vida, para poder admirar la belleza corporal, viva o representada, sin ningún azoramiento y sin relacionarla necesariamente con el sexo. Quizá aquella imagen—nunca mezclada—ha definido en mí una cierta inocencia contemplativa, pese a haber sido luego un apasionado del amor carnal.

Ha sido mi madre una mujer enérgica pero nunca dura y con frecuencia comprensiva. Cuando yo era ya un adolescente mis faltas triviales encontraban en ella respuestas vivas y hasta contundentes, pero las que tenían gravedad la desarmaban y entonces su reacción era una tristeza honda y callada. Ningún castigo tuvo nunca tanta eficacia para mí como esas expresiones de pena. Mis arrepentimientos eran en esos casos genuinos y dolorosos. Ver entristecida a mi madre se me hacía insufrible. Mucho más tarde aún—cuando el azar anticipó mi emancipación—mi madre no dejaría de seguir sufriendo y preocupándose por mi culpa, para lo que le debo más de un motivo. Pero nunca me hizo un reproche. Había aceptado que yo era un hombre y un hombre debe regularse por sí mismo.

La mujer que después de mi madre ocupaba el lugar más destacado en la familia era la abuela Justa. Siempre la conocí vieja. Cuando yo tenía cinco años andaría ella por los sesenta y cinco o poco me-

nos. Creo que alguna vez fui con ella cruel, inocentemente cruel como suelen serlo los niños. Si la afluencia de invitados imponía que mis hermanas y yo durmiésemos con los mayores yo me negaba en redondo a hacerlo con mi abuela. Alegaba que se me podía «pegar la viejera». Sin duda la vejez me producía repugnancia física y la tenía por una enfermedad contagiosa. Parece que algunos psicólogos están de acuerdo con aquella ocurrencia infantil. La abuela Justa era todo un carácter. Por lo que luego he sabido trataba aún a su hija como a una niña, tiranizándola considerablemente. Pero era discreta y nunca permitió que los niños lo notáramos. Para nosotros y para las sirvientas mi madre debía ser siempre la señora de la casa y mantener intacta su autoridad. Cuando por raro azar mi madre se ausentaba por unos días y la abuela tomaba las riendas solía haber conflictos, porque nosotros nos creíamos en vacaciones de autoridad y nos disponíamos a campar por nuestros respetos, sin contar con la huésped. La huésped entonces aparecía con toda su energía y la sorpresa era mayúscula. A pesar de ello mi abuela nunca me inspiró temor y aparte de aquella aversión a la intimidad física me gustaba acompañarla. Era una fuente de ocurrencias, de decires, de historias. Hablaba de una manera un tanto arcaica; alguna vez se le escapaba un «fí-cimos» y siempre decía «muncho» en vez de mucho. Cuando hacíamos remilgos por la comida o por alguna prenda de vestir de confección casera, solía espetarnos: «Hijos, ni que fuerais cualquier duque». Se sabía por tradición oral multitud de romances viejos y nuevos: del Cid y de Roldán, de los Doce Pares, de D. Niño, de D. Bustos, de Bernardo y de Fernán González y otros más novelescos. Los contaba casi siempre con sus sonos tradicionales. El romance del ciegucecito que da naranjas a la Virgen y a San José se lo oí contar cientos de veces. Estos romances y los relatos vivos de pastores, lobos y terribles nevadas, excitaban mi imaginación y tengo por seguro que si empecé a escribir versos a los doce años fue por la música del ideal de la tradición épico-lírica española acunada por mi abuela en mis oídos infantiles, la que tuvo la culpa. A ella le dediqué los primeros versos que hice y fueron para su cumpleaños.

La abuela Justa nunca se vistió de ciudadana. Igual que su her-

mana Vicenta—que también vivió con nosotros—iba siempre con ropas de campesina: enaguas, refajo, faldas bajera y somera y delantal atado a la cintura. La falda somera solía ser negra, de merino fino o de percal satinado. El busto lo abrigaba con camisa y chambra, lo oprimía con un justillo de lienzo apretado con largos cordones y fuerte, armado de ballenas. Sobre él iba la blusa negra. Sobre la blusa una pañoleta que en invierno era una esponjosa toquilla de lana y en verano un pañuelo de seda o algodón, con pico suelto a la espalda y las puntas delanteras cruzadas sobre el pecho y sujetas con un alfiler de cabeza negra o una patena de plata. Cuando salía a la calle se ponía su pañuelo atado a la barbilla y si era invierno el grueso mantón de pico, de lana mórbida con largos flecos colgantes. Nunca imaginé que pudiese vestir de otra manera. El detalle más atractivo de su indumentaria, para los niños, era la faltriquera de lienzo que llevaba entre la falda somera y la bajera y a la que se podía entrar por una abertura lateral. Era saquizuelo donde había de todo: dedal y alfiletero, carretes de hilo, rosarios y medallas, llaves, pesetas y mucha calderilla, y nueces, caramelos y estampas que procurábamos saquear sin que ella opusiese mucha resistencia.

Su hermana Vicenta era una pavesa, una lucecita de mariposa, casi una sombra. Era bastante más joven pero vieja también a nuestros ojos. Hablaba poco. Mandaba poco. Se hacía notar lo menos posible. Siempre parecía melancólica con sus grandes ojos negros. Había enviudado joven y se le murió, siendo ya mozo, el único hijo de su matrimonio. Fue entonces cuando vino a nuestra casa, quizá al mismo tiempo que la abuela, cuando ésta decidió dejar el pueblo algunos años después de morirse mi padre. La dulce y leve tía Vicenta leía siempre una Biblia vieja y era rezadora sin ostentación. La abuela Justa era a su lado un torrente de vitalidad. Había tenido dos maridos. El primero, llamado D. Gabriel Cervantes, era hidalgo o hijo de hidalgo pero antes de casarse con mi abuela había sido pastor de su casa, sin que por ello se apease el «don». No tuvo hijos con él. El segundo marido—mi abuelo, Matías Jiménez—había tenido ya tres mujeres, dos hermanas y otra prima de la que sería su cuarta y su viuda. Con una de aquellas Ridruejos se casó por caridad. Los médicos

habían dicho que la moza, que era enfermiza, quizá se curaría casándose, pero murió pronto. De alguno de los matrimonios anteriores tuvo dos hijos: uno el tío Juan, de quien he hablado, y otra la tía Petra, que se casó con un apellidado Corchón y emigraron a la Argentina con varios hijos y aún tuvieron algunos más en la Pampa. Pese a tanta maternidad y a quedar viuda, pronto llegó a una edad avanzadísima. Aquel abuelo Matías, tan incansable en la experiencia matrimonial, parece que no tenía la «garra» dominante de los Ridruejos. Era, según creo, apacible y desinteresado. Se ocupaba de los asuntos de los otros más que de los propios y por los muchos arreglos y favores que había hecho se le llamaba en el pueblo «el hombre bueno». La abuela Justa no hablaba mucho de él pero cuando lo hacía le llamaba pedazo de pan y lo ponía por las nubes. Debió ser algo rubio y tener los ojos claros que sacaron mi madre y su hermano Zenón y luego mi hermana Angelita.

Mis amigas, mis cómplices a ratos, mis rivales alguna vez, eran mis tres hermanas. Tres caracteres muy distintos como suele suceder en las familias, pero que al correr de los años fueron pareciéndose más y más sobre todo en un rasgo que se podría calificar de estoicismo cristiano, enorme resistencia moral dentro de un cierta endebles física, alma de generosidad incansable, un gran don de ternura púdica y una fuerza de caridad genuina como he conocido pocas veces. De niñas las diferencias eran enormes. Eulalia, la mayor, era enjuta, nerviosa, muy morena, atrevida en todo, rebelde, de una fuerza nerviosa increíble. Cuando intentaban castigarla «a mano» se retorció como un demonio y no era posible dominarla. Era, en cambio, nobilísima, sincera, leal. Nunca permitió que cayese sobre otro trasero infantil un azote merecido por el suyo. Sus travesuras eran constantes y casi siempre fantasiosas. Una vez en fiestas, llegaron invitadas por mi tía Goya varias señoritas forasteras, que traían grandes sombreros sujetos con agujones de cabeza preciosa: perlada o de pedrería. A Eulalia se le ocurrió que aquellas cabezas lucirían como estrellas poniéndolas de taponés en algunos de los muchos frascos y botellas que se empolvaban en el desván de la casa. Debió ser felicísima con aquella transfiguración mágica de los envases olvidados. La sospecha del



hurto de los agujones recayó en seguida sobre mí que, como chico, debía ser especialista en travesuras. Pero cuando la cosa se ponía negra ella avanzó, pálida y contenida, ante la asamblea para denunciar su hermoso desaguisado. No sabré decir si era bonita. Tenía unos párpados un poco más oscuros que el rostro, nacarados, grandes, de un dibujo delicadísimo y bajo ellos dos ojos de niña grande, negrísimos, esplendorosos. El óvalo de la cara se acercaba al triángulo. La frente era ancha. La boca pequeña y de dibujo bonito. Lo que la afeaba un poco y le daba alguna comicidad era la nariz recta pero grande y aguda. Ella se reía de su nariz y nosotros con ella sin dársele un ardite. Era callejera y valiente, casi temeraria. Prefería las niñas pobres a las de su clase y a veces volvía a casa con piojos, lo que desesperaba a mi madre. No temía a los golfillos, se amigaba y hacía cambalaches con ellos o se liaba a pedradas. Era muy inteligente, intuitiva, rápida, con dotes de humor, pero nunca se cultivó mucho intelectualmente, aunque le gustaban las buenas lecturas. De jovencilla tuvo muchos cortejos, algunos de gran constancia y verdaderamente enamorados. Pero era esquiva y exigente y sólo se enamoró hacia los veintidós años y con mala suerte. Su belleza moral, su inteligencia de corazón no admiten para mí comparación con ninguna otra persona que yo haya conocido. Era cascarrabias para disimular el amor que la desbordaba. Su don de compañía y consuelo era casi taumatúrgico. Si ponía la mano sobre la frente de un enfermo excitado—y particularmente de un niño—le daba la paz. Su espíritu de fidelidad le hizo vivir más de una amargura en los últimos años de su vida. Su buen juicio era casi infalible. Era tolerante, pero no escéptica. Perdonaba, disculpaba, compadecía, pero conservaba una tensión de rectitud última que hacía imposible para quien se sintiera en falta confundir la disculpa con la aquiescencia. Todos esos rasgos ya eran sensibles en los primeros años de su vida, pero lo que nosotros veíamos más entonces era su enorme animación, su valor, su indisciplina fantaseadora, su dominio de las situaciones y su simpatía siempre pudorosa y refunfuñante. Era y fue siempre el alma de la casa, su nota más vibrante, su castillo de fuegos.

Angelita era la que más se parecía a mamá. Era la bonita, aunque

de muy niña su nariz, que luego sería preciosa y muy delicada, resultaba un poco corta y la afeaba llevar casi siempre la boca abierta. También era un poco patosa al andar y ése es el único defecto que no se le corrigió del todo cuando se hizo una muchacha preciosa. Era dulce pero demasiado asustadiza y aspaventosa hasta que con la adolescencia eso se pasó. La llamábamos gallinita, pava y cosas semejantes. Siempre andaba agarrándose a las faldas de la madre. En el colegio tenía amigas buenas pero las chicas extrañas le daban miedo y los chicos de crin dura y pedrada fácil la llenaban de espanto. Era sentimental pero muy serena. Era naturalmente elegante. Tenía habilidades casi artísticas y con mejor educación hubiera desarrollado alguna con sensibilidad sobresaliente. Tocaba el piano, a lo que Eulalia se resistió siempre. A Eulalia, en cambio, se le daba bien la pintura, mientras que Angelita no pasó de los ejercicios «de adorno» y repujaba, pirogrababa, tejía tapices y bordaba con primor. Aún viste preciosa y elegantemente a sus hijas con sus propias manos y cuatro cuartos. Le gustaba la poesía y quizá era un poco soñadora. Se enamoró tempranamente y fue el suyo el idilio largo—aunque luego truncado—que emocionaba a todo el pueblo. Pero nada en ella revelaba pasión. Como en mi madre su fuerte era la sensibilidad pero con mayor dulzura. Esas cualidades han crecido con ella constantemente. Al contrario que Eulalia, a quien había que amar sintiéndose protegido por ella, a Angelita la amábamos con ternura y cuidado, protectoramente.

Cristina, la pequeña, fue la niña mimada porque era de una salud quebradiza. Menudísima, con ojos grandes muy abiertos y oscuros, era casi tan nerviosa como Eulalia y tan asustadiza como Angelita. De la primera tenía también el pudor, la contención, el ascetismo natural que las mujeres de la familia—empezando por mi madre—se repartían dejando para mí el lote de la sensualidad, el desorden y, en alguna ocasión, el egoísmo. Cristina era, sin embargo, apasionada, y si los años la hicieron una especie de asceta, en lucha constante con el dolor físico y la pobreza corporal, ello se debió más al desarrollo virtuoso de la voluntad que a una verdadera inclinación de la naturaleza. Cuando era pequeña la queríamos y nos irritaba por sus privile-

gios de niña frágil que provocaba en mi madre algunos movimientos—raros en ella—de gallina clueca. Tras la adolescencia sufrió un cambio profundo. Comenzó a sentir curiosidades intelectuales y decidió estudiar aunque su salud no le permitió hacerlo con la debida regularidad. Tenía buenas dotes intelectuales y hubiera escrito con fuerza y originalidad si se lo hubiera propuesto adquiriendo el entrenamiento sin el que ningún arte se domina.

Durante algún tiempo vivió también con nosotros la tía Goya, Gregoria, la hermana menor de mi madre. Debió venir a casa a poco de casarse mis padres y fue como nuestra hermana mayor. Fue la única entre sus hermanas que tuvo educación de «señorita». La enviaron a un colegio de Valladolid donde estudió—como mis hermanas—lo que entonces estudiaban las chicas: cultura general, con su poco de gramática, historia, matemáticas elementales, literatura y religión y luego lo que se llamaban «labores» y «clases de adorno»: coser bien, bordar, hacer tapicería, pintar un poco e iniciarse en la música. No tendría yo más de cuatro años cuando la tía Goya se casó, con lo cual mis recuerdos de ella son casi todos exteriores a la casa. Se casó con un antiguo dependiente del negocio familiar que para entonces ya era apoderado de la sección de ferretería. Con sus derechos, sus ahorros y la dote de mi tía se hizo socio de la firma y no tardó mucho en irse a dirigir la sucursal establecida en Segovia. De ahí vino nuestra frecuentación de esa ciudad que muchos años más tarde elegiríamos voluntariamente como lugar de residencia.

Entre las sirvientas de la casa la que recuerdo más—porque, en definitiva, nunca salió enteramente de ella mientras vivimos en El Burgo—fue la Marta de Blas, enjuta y resistente como un sarmiento, un poco hombruna de aspecto pero cariñosa y simpática a no poder más. Una hermana suya, que murió joven, apenas casada, fue mi niñera. Pero ella ha sostenido siempre que me puso mi primera camisa y así debe ser. Era una cocinera formidable y aún lo es a sus ochenta años, cuando la llaman de los pueblos de los alrededores para las bodas y bautizos. Era inteligente, ocurrente y estaba poco menos cargada de historias y romances que mi abuela Justa. Nos malcriaba todo lo que podía y cuando se casó con un hombre huesudo y bonachón

que andaba siempre con su carro transportando patatas y judías de Roa al Burgo y de El Burgo a Roa, su casa se convirtió en uno de nuestros pequeños paraísos. Una casa pequeña, muy encalada, llena de papeles de vasar rizado en la cocina y de tapetitos en la sala. Abajo gruñían y medraban tres o cuatro gorrinos y sobre la cocina de lar bajo había siempre una caldera sujeta de un garfio en la que se cocían patatas y coles para los gruñones de la cochiguera. Aquellas patatas nos parecían manjar exquisito. Y no hay que decir que el carro de El Clemente, cuando era posible sacarle un buen paseo, era para nosotros casi tan emocionante como los autos de charol y goma que empezábamos a ver en la plaza del pueblo. Era un carro como todos, con sus dos ruedas grandes con llanta de hierro, sus maderas de costado donde se fijaban los palos, la caja que podía ponerse más alta o más baja con su bolsa de esparto, la toldilla de lona para días de lluvia y las dos largas varas donde se metía el macho más resistente mientras otros iban enganchados delante con fuertes tirantes armados de cadenas. Lo mejor, si se podía, era ir sentado en la vara delantera, encima del pedal, sosteniendo la rienda de la cuerda. Pero eso sucedía pocas veces especialmente si la Marta vigilaba la maniobra.

De otras muchachas que pasaron por casa conservo recuerdos más vagos porque casi todas se casaron con forasteros y desaparecieron salvo alguna visita de pascuas a ramos. La Marta del Agua, en cambio, no es fácil de olvidar. Era gruesa y agrietada como una tinaja mal cocida. Los pies torpes, las manos con cicatrices de sabañones, entoquillada y negra dejando ver un rostro rojizo, cansado y, sin embargo, alegre, extrañamente alegre. Su trabajo era—ya lo dije—llenar los depósitos del desván, cántaro a cántaro y día tras día. Solía comer en casa y llevarse algo a la suya donde tenía un hijo que pensaba meter a cura. El salario no debía ser muy crecido. Recuerdo siempre a aquella mujer como la imagen misma de la fatiga humana, de la derrota humana. El cansancio que la constituía desde los pies al rodete de la cabeza me causaba a mí mismo un torpor, una fatiga dolorosa. Creo que ésta fue mi primera y más intensa imagen de la injusticia de la vida donde luego he visto tantas.